

Luis ANAYA MERCHANT: *Colapso y reforma. La integración del sistema bancario en el México revolucionario, 1913-1932*. México: Miguel Ángel Porrúa-Universidad Autónoma de Zacatecas, 2002, 341 pp. ISBN 970-70-1268-4

La historia de las instituciones mexicanas en general, y del sistema bancario moderno en particular, continúa siendo rescatada por los estudiosos de la historia económica. El aumento cualitativo de trabajos que superan los estereotipos de la historiografía clásica, cuya interpretación añeja concluyó que el conflicto armado de 1910-1920 acabó con la banca porfiriana y sumió en el caos total al mercado de dinero en México, siguen innovando

El libro que nos presenta Luis Anaya se imbrica en ese recuento de lo que verdaderamente ocurrió, de los límites que tuvo la banca porfiriana, de la inestabilidad del sistema de finanzas prerrevolucionario y de la restauración del edificio financiero después de la revolución mexicana.

La obra publicada por Miguel Ángel Porrúa y la Universidad Autónoma de Zacatecas es un trabajo de doctorado en historia, armado ahora como libro para su mejor comprensión, difusión y análisis. Está provisto de abundante material de archivos, y dividido en cinco capítulos cronológicamente abordados; inicia con la incautación bancaria de Venustiano Carranza, que significó el fin del viejo sistema bancario, y concluye con la reforma monetaria de 1931-1933, cimiento del edificio bancario y financiero del México moderno.

En el primer capítulo del libro, el investigador esgrime que la incautación de la banca de emisión debe entenderse como un proyecto de reformas para la creación de un nuevo Estado, y no como la revancha y animadversión de la oligarquía porfiriana. Esa acción política permitió a los asesores del jefe revolucionario plantear una demanda de antaño, el banco único de emisión, y la soberanía financiera del país.

En opinión de Anaya, la crisis de 1907 puso al descubierto un deterioro en el crédito bancario de la época, aunque no explica cómo puede medirse o demostrarse ese desgaste. Como tampoco explica por qué los banqueros desconfiaban del presidente Francisco I. Madero siendo que éste fue un hombre de negocios, con abolengo empresarial y accionista de los bancos de su familia. Incluso durante la presidencia del coahuilense apareció el Banco Refaccionario Español, S. A.

El resto del primer capítulo es el recuento de la administración de Carranza y la búsqueda de soluciones en los ámbitos monetario y fiduciario con el fin de ordenar, de alguna manera, el sistema financiero mexicano, amén de restituir la confianza del público, sentar las bases para una reforma de fondo y fundar el Banco Único de Emisión.

El segundo capítulo del libro se desarrolla en el periodo conocido como "la reconstrucción". El argumento principal estriba en que las casas bancarias que surgen en esos años fueron la válvula de escape frente a un sistema bancario inexistente y el oxígeno crediticio para la actividad económica del país, antes de 1925. Empero, el argumento de un *crack* financiero en 1921 es muy endeble; si como el autor señala, los antiguos bancos comerciales no tuvieron peso en el sistema financiero mexicano, ¿en qué sectores sí lo tuvo y en qué medida el *crack* arrastró a los agentes del mercado o a las instituciones? Hasta donde sabemos la reactivación de la economía real y monetaria se da durante la presidencia de Álvaro Obregón, ergo, no hubo *crack*.

Cuando el autor reflexiona sobre la devolución de los bancos a sus antiguos propietarios, afirma que no fue bien vista; yo opino lo contrario, los antiguos dueños no aceptaron la desincautación o restitución en 1921 por las condiciones en que se instrumentó y porque la mayoría de la cartera y documentos ya estaban en manos del gobierno. En efecto hubo problemas de índole crediticia y de confianza en esos años, pero de aquí a concluir un *crack* en 1921 como prolongación de la crisis de 1907, y analizando una sola institución, hay mucha distancia. Anaya acepta que "las causas de la crisis bancaria del obregonismo son más difusas" (p. 125).

Al analizar Luis Anaya, a la Compañía Bancaria París México no queda claro qué funciones realizaba, si la cartera de clientes que manejaba era por competencia con los bancos tradicionales, si los créditos tenían condiciones diferentes, si la tasa de descuento y el rendimiento era diferenciado, si cualquier demandante de crédito podía acudir a aquéllas, etc. Y sobre todo, está ausente el papel de las Casas Bancarias para validar giros monetarios y los cheques de la Comisión Monetaria en esos años.

El tercer capítulo aborda el porqué de la Convención Nacional Bancaria de 1924, sobre todo frente a las vicisitudes de los agentes que participaban en el mercado de dinero, de valores y de crédito institucional. En este tema el autor sigue a Emilio Zebadúa, así como en el asunto del arreglo de la deuda externa

mexicana, las dificultades de organizar una banca dirigida y la fundación del Banco Único de Emisión.

El apartado cuatro del libro confirma la reticencia del público a aceptar papel moneda de cualquier tipo, problemática que enfrentó el Banco de México en sus primeros años de existencia para funcionar como un verdadero banco central. Los documentos que rescató Anaya para esta parte son novedosos e interesantes y abren la posibilidad de seguir indagando en los archivos, públicos y privados, sobre el desconocido Banco Central, su papel de "compensador" en la historia financiera de México y la descapitalización que tuvo la institución a partir de diciembre de 1912,<sup>1</sup> no en 1913 como asegura el autor.

Anaya afirma que el Banco Nacional de México continuó, entre 1920-1924, con las mismas funciones que tuvo durante el porfiriato. Hay una contradicción en este punto. A partir de 1916, y hasta 1925, la Comisión Monetaria, S. A. realizó las funciones de tesorería general, reguladora de la oferta monetaria, cámara de compensación de los billetes revolucionarios y precursora del Banco de México. Anaya nos narró en el primer capítulo que la actividad del Banco Nacional de México vino a menos con el nacionalismo de Carranza, la incautación del sistema y las posturas del Comité Internacional de Banqueros.

El último apartado de este interesante libro —que debe estar en todas las bibliotecas donde se imparta economía y finanzas— relaciona el sistema bancario posrevolucionario y los límites de la política monetaria implementada por los sonorenses. Estas últimas páginas permiten relacionar a los políticos, a los financieros de la época, a banqueros y académicos extranjeros, y entender mejor la disputa Pani-Montes de Oca. Los hallazgos de Luis Anaya en el archivo de Luis Montes de Oca, secretario de Hacienda que sustituyó al afamado ingeniero Alberto J. Pani, son de gran utilidad para el lector.

Finalmente, *Colapso y reforma. La integración del sistema bancario en el México revolucionario, 1913-1932*, llega a cubrir lagunas de nuestra historia financiera, da pie a innumerables preguntas e invita a continuar la investigación y la difusión de los años de la reconstrucción en México.

Como toda ópera prima, el autor tendrá que corregir algunos desaciertos para la segunda edición, tales como el papel de la Co-

<sup>1</sup> Véase "Circulación monetaria en poder de los bancos comerciales", en AGN, *Comisión Monetaria*, c. 25.

misión de Cambios y Moneda —conocida por la opinión pública como la Monetaria— y su relación con los bancos mexicanos. Demostrar que la crisis bancaria de 1913 comenzó con el Banco Central Mexicano, pues sus negocios agrícolas fueron financiados por la Caja de Préstamos para Obras de Irrigación y Fomento de la Agricultura, S. A., desde 1910 y no directamente por el Central. *Peccata minuta* es el origen que apunta Anaya al ministro Montes de Oca, “es enriquesta” (p. 243) sin explicitar a quién se refiere, por supuesto que no podría ser el general Henríquez opositor de 20 años después. La obra de Anaya, en todo momento, vale la pena leerse con interés y detenimiento tanto por expertos en el tema como por el público ávido de buenas investigaciones históricas.

JESÚS MÉNDEZ REYES  
*Instituto Nacional de Estudios Históricos  
 de la Revolución Mexicana*

Aurelio de los REYES: *¿No queda huella ni memoria? Semblanza iconográfica de una familia*. México: Universidad Nacional Autónoma de México-El Colegio de México, 2002, 391pp. ISBN 968-36-8110-7

*¿No queda huella ni memoria? Semblanza iconográfica de una familia* es un libro singular. Como moderno Herodoto que busca detener el tiempo a través de las imágenes, Aurelio de los Reyes pone ante nuestros ojos un mundo que se ha esfumado y no podemos evitar que nos invada la nostalgia. El texto y las imágenes permiten seguir a la familia García Rojas a través de incontables vericuetos matrimoniales, sellados por afectos que le dieron cohesión durante siglos, pero que no lograron sortear los estragos causados por los cambios sociales violentos y la urbanización, también transformadores de la nación. Al final nos consternáramos al observar fotos de aquellas ruinas de prósperas haciendas, único testigo de su vieja grandeza. De alguna manera el libro nos revive un México que ya no existe y que sólo nos deja esperar que haya sido para mejor.

Como viejo enamorado de la imagen, es natural que Aurelio escogiera la iconografía como punto de partida para salvar del olvido a su familia. Sin embargo, hay que aclarar que, aunque fue